discursofuneral.es

Familia, amigos, gracias por estar aquí hoy.
Estamos reunidos para despedir a mi madre, María del Carmen Ruiz López, nuestra Mari Carmen, y para dar gracias por su vida.

Mamá, yo te hablo así, de tú, como siempre. Porque fuimos inseparables y porque tu casa fue, para mí, el lugar donde el mundo se hacía pequeño y amable. Entrar por tu puerta era respirar hondo y saber que todo podía ir a mejor.

Naciste un 15 de mayo en Valladolid. Me contaste muchas veces cómo olía a pan las mañanas de tu infancia y cómo te quedabas mirando las manos de tu madre, aprendiendo sin decir una palabra. De joven te viniste a Madrid con una maleta modesta y una decisión grande: estudiar enfermería. Y cumpliste ese sueño con la tenacidad que te definía. Trabajaste 35 años en el hospital del barrio, saliendo de noche y volviendo con el sol, con la misma serenidad que llevabas en el bolsillo junto a el bolígrafo y las gasas. Nunca te oí decir “no es mi problema”. Tu vocación era escuchar, curar, acompañar. Lo hacías en tu turno y también fuera de él: en el comedor social donde siempre faltaban manos, en las campañas de donación de sangre que organizabas con una mezcla de orden y cariño. Para ti, el servicio a los demás no era un gesto especial; era la forma natural de estar en el mundo.

Te casaste con papá, con José Antonio, en 1987. Juntos levantasteis una familia sencilla y fuerte, hecha de respeto, de humor suave y de muchas cenas improvisadas que terminaban en conversación. Pablo y yo crecimos viéndoos cuidaros el uno al otro, y sin discursos aprendimos lo esencial: la familia es prioridad, la honestidad no negocia y la gratitud se practica cada día, no se predica.

Eras empática, valiente y paciente. Tu sentido del humor no hacía ruido, pero

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

calmaba tormentas. Bastaba un “anda, ven” y un gesto de tus manos para que todo pareciera menos grave. Creo que muchos de los que están aquí han sentido eso alguna vez contigo: esa manera tuya de convertir una sala de espera en un lugar habitable, o un problema en algo con pasos y orden.

Yo guardo un recuerdo que se me enciende como una lámpara. Los domingos de tortilla en la cocina. Tú girando la sartén con una seguridad que yo envidiaba, cantando una copla bajito mientras me hablabas de tu infancia. Reías cuando la tortilla te salía un poco más dorada de la cuenta y decías: “así tiene carácter”. Luego venía la sobremesa, las risas, y yo me iba sabiendo no solo hacer una tortilla, sino enfrentar la semana con una especie de coraje tranquilo. Mucho de lo que soy se cocinó en esas tardes.

Te gustaba la jardinería. Regabas las plantas cantando, y parecía que el agua también era música. Aprendiste a bordar puntos minuciosos que contaban historias sin palabras. Y te perdías feliz entre novelas históricas, subrayando fechas y personajes como quien conversa con viejos amigos. Te llamaba por teléfono y reconocía tu voz tranquila antes de decir “hola”. Esa voz que ahora vamos a echar tanto de menos.

Eras hermana, hija, amiga, compañera. Teresa, tu hermana, fue tu cómplice de toda la vida; juntas os entendíais con una mirada. Fuiste abuela de Sofía, y te brillaban los ojos con una alegría nueva, como si te llegara otra vez la juventud en versión pequeña. Y fuiste mi madre adorada. Lo digo claro: me enseñaste a amar sin medida y a ser valiente en lo pequeño de cada día. A llamar para preguntar “¿cómo estás de verdad?”. A no dejar para mañana un abrazo. A ver el trabajo bien hecho como una forma de respeto a uno mismo y a los demás.

Hoy, lo que más vamos a extrañar es sencillo y enorme a la vez: tus abrazos cálidos que lo recolocaban todo; tu voz al teléfono, que podía pasar de una broma a una pregunta profunda sin esfuerzo; y esa rara habilidad de hacer que lo complicado pareciera posible si se daba un paso, y luego otro, con paciencia.

Sé que te haría sonreír escucharnos hablar de ti celebrando lo que hiciste y lo

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

que dejaste en nosotros. Porque tú no querías homenajes vacíos, querías continuidad. Tu oración favorita era “Señor, hazme instrumento de tu paz”. Lo fuiste. Lo sigues siendo, de otra manera. Esa paz ahora nos toca practicarla a nosotros: en casa, en el trabajo, con los vecinos, con el que sufre en silencio. Ese es tu legado y el consuelo más hondo que hoy podemos abrazar.

Papá, Pablo, Teresa, Sofía, familia, amigos: duele, claro que duele. Pero si cerramos los ojos un momento podemos escuchar sus pasos al fondo del pasillo, el agua cayendo sobre las macetas, la copla tarareada sin prisa. Y entonces entendemos que una vida buena no desaparece: cambia de forma. Se vuelve hábitos, palabras, decisiones. Se vuelve la costumbre de llegar a tiempo para ayudar. Se vuelve la mano que sabe sostener sin hacer ruido. Se vuelve, también, la valentía de reír un poco incluso en días como este.

Mamá, te damos las gracias. Por cuidarnos sin alardes. Por enseñarnos a mirar a los demás con dignidad. Por recordarnos que en una familia el cariño se expresa con hechos. Por esa tortilla que siempre salía “con carácter” y por todas las veces que nos dijiste que valía la pena seguir intentándolo.

Hoy te decimos adiós con la certeza de que nos sigues acompañando en lo esencial. Cuando dudemos, buscaremos tu modo: escuchar primero, actuar después, y hacerlo con bondad. Cuando algo nos desborde, haremos una pausa, respiraremos hondo y pensaremos: “¿Cómo lo haría Mari Carmen?”. Y cuando la vida nos dé una alegría, la celebraremos como a ti te gustaba, poniendo un plato más en la mesa.

Descansa en paz, mamá.
Que el Señor, a quien rezabas cada noche, te reciba con esa luz mansa que tú regalaste aquí.

Y a nosotros, que seguimos, danos la gracia de ser —como tú— instrumentos de paz. Amén.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es
Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es